LA BODA DE GERVASIO.

Comedia en un acto, arreglada del francés por D. Vicente de Lalama, *para representarse en Madrid el año de* 1858.

PERSONAS.

GERVASIO, *arrendador.*
ROSA, *doncella de una condesa.*
BARBARA, *criada.*

La escena representa el soportal de una granja, con vista al campo; empalizada al foro, con puerta en el centro; puerta a la izquierda en primera; en segundo hogar con fuego; puertas á la derecha en primera y segunda; á la izquierda, abajo, mesa rústica con tintero, papel, un libro de cuentas y una pipa; sillas; en la chimenea una rodilla y un aventador.

ESCENA PRIMERA.

GERVASIO *escribiendo en el libro*; BARBARA *con una escoba en la mano.*

GER. Treinta y tres... treinta y tres y sesenta...
BAR. Señor amo?
GER. Cállate!... y sesenta... son noventa y tres. (*escribiendo.*)
BAR. Si, señor amo. (*sigue barriendo.*)
GER. Noventa y tres y veinte y dos duros, hacen mil trescientos reales vellon.
BAR. (*bajando.*) Señor amo!
GER. Quieres callar!
BAR. (*pasando á la izquierda.*) Si, señor amo!
GER. Mil trescientos reales, y doce mil novecientos, hacen... hacen... hacen... catorce mil descientos reales.
BAR. (*pasando á la derecha.*) ¿No es verdad que Benito es un chico muy guapo?
GER. (*gritando.*) Si.
BAR. Y mas robusto que vos?
GER. (*gritando.*) Si.
BAR. Y mas robusto tambien que...
GER. (*contando.*) Cuatro bueyes, ocho cerdos.
BAR. Como!
GER. (*continuando.*) Cuarenta gallinas, sin contar la casa, que vale muy bien... no... si... Vaya! bien los vale; no es verdad, Bárbara?
BAR. (*bajando á la izquierda.*) Yo no lo sé; yo no sé contar mas que diez y ocho.
GER. Anda, necia! (*cierra el libro.*) ¿Por qué me estabas rompiendo la cabeza?
BAR. Queria preguntaros, cuánto se necesita para reunir cuatro mil reales.
GER. Para reunir cuatro mil reales? Se necesitan... yo no lo sé... ¿y á ti, qué te importa?...
BAR. Yo?... lo preguntaba por Pedro.
GER. Por Pedro?
BAR. Si; Benito es un chico muy guapo; pero Pedro el vaquero, me dijo el otro dia, que como yo tuviera cuatro mil reales, se casaba conmigo.
GER. Al momento?
BAR. Ni mas ni menos; tengo yo los cuatro mil reales?
GER. (*mirando en el libro.*) Te diré: tienes por un lado, nueve duros y diez reales; por otro... diez y ocho duros de san Miguel acá; esto hace quinientos cincuenta reales vellon, de los cuales hay que rebajar, tres pesetas que pagué por un collar para ti.
BAR. Gracias, señor amo!
GER. No hay por qué.
BAR. Creeis que Pedro se contentará con eso?
GER. Quién sabe! Puedes decirselo.
BAR. Hay que gusto! Entonces voy á decirle mis ahorros á Benito, que es mucho mas guapo que Pedro... Decidme, no tengo nada mas?
GER. Si... tienes tambien dos gallinas y un borrico, que te he prometido para regalo de boda.
BAR. Ya tengo un borrico! Entonces voy á buscar á Pedro! Me dais licencia? (*dejando la escoba junto á la empalizada.*)
GER. Pero no tardes. (*vase Bárbara.*)

ESCENA II.

GERVASIO, *viendo salir á Bárbara.*

GER. Anda, animal sin corazon! Muger avariciosa!... No, el hecho es que estoy hablando de ella, y á mi tambien me tienen por un avaro, un usurero, que seria capaz de hacer de un real cuatro. Bien! Y qué! y ocho, y treinta, y dos mil! y mas aun, si pudiese! Pero bien sabe Dios, que no es por mi, sino por ella, por ella solamente. La estoy aguardando, y quiero que cuando venga, encuentre pan que llevar á la boca; y hé aqui por qué he trabajado durante tres años, lo mismo que un burro. Muchas veces desmayaba el corazon, pero cuando sentia que el cansancio se apo-

deraba de mí, entonces pensaba en Rosa, y el amor me prestaba fuerzas; solo por ella vivo, y no le pido á Dios otra cosa, sino que la haga feliz.

ESCENA III.

GERVASIO Y BARBARA, *que viene corriendo.*

BAR. Señor amo! Señor amo! Caramba lo que acabo de saber! La señorita Rosa...

GER. Qué?...

BAR. La señorita Rosa, de la cual estais hablando siempre...

GER. Qué hay?

BAR. Buenas noticias!

GER. Te esplicarás?

BAR. Voy allá! Como yo estaba entre Pedro y Benito, como burro entre dos piensos, fui á ver á Juan el mayoral, el cual me lo ha contado todo; ¿estais ahora contento?

GER. Si no me has dicho mas que simplezas!

BAR. Pues bien, ha llegado con su ama.

GER. De veras?

BAR. De veras.

GER. Con la señora de Siniane?

BAR. Con la señora de Similane. (*se dirige al fondo.*)

GER. Dios mio! Voy á verla! Es posible! Si no me atrevo á creerlo! Yo estoy soñando! Bárbara! Bárbara!

BAR. Señor!

GER. Muérdeme! (*presentándola la mano.*)

BAR. Cómo!

GER. Muérdeme, ó te rompo la crisma!

BAR. Allá voy, señor amo! (*le muerde en la mano.*)

GER. (*gritando.*) Ay! Ay! Canario! Decididamente estoy despierto; gracias, Bárbara!

BAR. No hay de qué.

GER. Voy al sombrero; dame la granja...

BAR. La granja!

GER. (*gritando.*) Mi sombrero, estúpida! dame la granja... voy al sombrero...

BAR. El demonio que os entienda. Y para qué quereis el sombrero?

GER. Para ir á buscarla.

BAR. Si vá á venir aqui?

GER. Aqui!

BAR. Ya lo creo; como hoy es Domingo, y hay baile en la plaza, ha querido tomar parte en la fiesta.

GER. (*andando de arriba á bajo.*) No, no, yo voy primero... decias que solo viene por verme!

BAR. No tendreis que andar mucho; ya está aqui.

GER. (Dios mio! Me tiembla el cuerpo como un azogado.) Bárbara, sosténme, que me caigo.

ESCENA IV.

Dichos, ROSA *con un trage elegante, y aldeanos, foro derecha.*

ALDEANOS. Que viva la señorita Rosa! (*Rosa habla con ellos ap.*)

GER. (Caramba si está bonita! Quién habia de conocerla!)

ROSA. Gracias, amigos mios; soy con vosotros al momento. (*vanse los aldeanos.*) (No sé de qué proviene esta emocion.)

GER. (*abrazándola.*) Rosa, querida Rosa, al fin te vuelvo á ver!

ROSA. Poco á poco; ¿qué osadia es esta, caballero?

GER. (*turbado.*) Caballero!... Ah! ya caigo; eres una muchacha honrada, y nada quieres permitirme antes de la boda; pero estando Bárbara delante...

ROSA. La boda! No comprendo; ¿de qué boda quereis hablarme?

GER. Toma! A fé que no será de la del vecino, sino de la nuestra, querida Rosita! (*quiere abrazarla.*)

ROSA. Al fin hareis que me enfade!

BAR. (Vaya una dengosa!)

GER. Pero qué es lo que te pasa?

ROSA. Nada, señor Gervasio.

GER. Señor Gervasio! (*Bárbara pasa á la izquierda, mirando siempre á Rosa.*)

ROSA. Pueden darse muy bien las manos, sin permitirse cierto género de libertades; esto es de muy mal tono; amigo mio.

GER. De mal tono? No entiendo. Vamos, tú me has tomado por otro, estoy seguro... Yo soy tu amigo, tu prometido, Gervasio el chiquitin; mirame, no me ves?

ROSA. Seria preciso estar ciega; pero dejad de tutearme. Esto no se hace si no cuando... y al fin, una señorita de circunstancias como yo...

GER. Que no te tutée? Vamos, esto lo haces para probarme; has querido reirte un rato, no es verdad? Pues bien, ya he comprendido la broma, y me rio tambien. (*se rie.*) Pero ahora vá de veras, y voy á darte un abrazo...

ROSA. No me comprometais, caballero! Qué libertad es esa? Jesus, que verguenza!

GER. Te averguenzas de mí!

BAR. Sabeis que vuestra novia es muy descontentadiza?

ROSA. Lo veis? Me habeis espuesto á las burlas de esa palurda! Esto solo me faltaba!..

BAR. Y me llama palurda! Ella, la muy... (*Gervasio la detiene.*)

GER. (Cuánto ha cambiado!) Rosa! Rosita? (*dirigiéndose á Rosa y dándola golpes á la espalda, como quien llama á una puerta.*)

ROSA. Vamos, estais loco!

GER. Dices que estoy...

BAR. Sin duda alguna; si la casualidad nos reunió cuando éramos niños, el tiempo y la razon nos han cambiado.

GER. Dios mio! Es posible? Dormiré todavia? Bárbara, muérdeme! No... no... me muerdes muy fuerte! Lárgate! La estorbarás sin duda.

BAR. Creo que la estorbamos los dos. No es verdad, señorita? (*vase.*)

ESCENA V.

ROSA, GERVASIO.

GER. Rosa... Señorita Rosa, tengo que hablaros.

ROSA. Como gusteis; pero sed breve, porque me aguardan en la plaza.

GER. Qué os he hecho yo?

ROSA. Nada por cierto; pero vuestra conducta, vuestros modales tan groseros... en fin, no hablemos mas; las costumbres no pueden cambiarse.

GER. Es verdad, ya lo veo; pero olvidar tan pronto vuestras promesas y nuestros planes de felicidad!

ROSA. Nuestros planes! Cómo, pensais todavia en aquellas niñadas?

GER. Si, nuestros planes, los cuales me han hecho trabajar como un negro, por espacio de tres años; llamais á esto locura? Por vida de!..

ROSA. Todavia? No podeis hablar, sin pronunciar una palabra mal sonante!

GER. Y cómo no, cuando uno oye ciertas cosas! Cuando yo he reunido para vos todo cuanto tengo! Porque os amaba con todo mi corazon.

Rosa. (Pobrecillo!)
Ger. Y si he sufrido tanto, por quién ha sido si no por vos? Para quién era esta casa? Para quién todo lo que hay en ella?
Rosa. Segun veo, vuestros negocios han prosperado?
Ger. Mirad por aqui... (*abriendo una puerta.*) mirad por todas partes... trigo, avena, ganado, menage de casa; todo esto era para vos.
Rosa. Todo eso está muy bien, pero...
Ger. Pero qué?
Rosa. La falta de costumbre!.. Yo era una niña entonces; despues he visto el mundo, y al lado de mi señora, ya comprendeis que mis ideas han cambiado; me agradan los jóvenes elegantes, de talle esbelto, de voz tierna, y pálido color; aquellos que iban al baile de la Camelia. En una palabra, he cambiado de gusto en todo y por todo!
Ger. Lo que habeis cambiado es el corazon! Conque ya no me amais?
Rosa. Por qué no? (*movimiento de Gervasio.*) Como un buen amigo.
Ger. Pero señor, ¿he perdido algo desde entonces acá? Me falta alguna cosa?
Rosa. Pobre Gervasio! Miraos bien.
Ger. (*mirándose.*) Bien, y qué!
Rosa. Qué tal os pareceis?
Ger. Divinamente; el pié, la mano y el cuerpo parecen los de un lechuguino.
Rosa. Si no fueran tan grandes! Y luego, esas manos tan gruesas...
Ger. No han podido adelgazarse en el tiempo que han estado trabajando para proporcionaros un bienestar.
Rosa. No diré que no; pero ese trage, ese cuerpo... Y luego, hablais tan groseramente!.... En una palabra, no podemos entendernos.
Ger. Ya no puedo mas! Pues bien, si, soy un campesino, cuyo dedo meñique vale mas, que todos esos señoritos de vuestro Madrid; que tienen mas pomada en la cabeza, que buena fé en el corazon!
Rosa. Se incomoda el caballero?
Ger. Pues digo que la señora...
Rosa. Ya os calmareis, porque eso es de mal tono. (*haciendo una reverencia.*) Adios, caballero.
Ger. Adios, señora improvisada!

ESCENA VI.

Gervasio *solo, yendo y viniendo por el teatro, haciendo una gran pausa.*

Me alegro! Me alegro! Y me alegro! Vaya una acogida! (*dando golpes sobre la mesa.*) Voto á!.. (*sentándose en el borde de la mesa y dándose golpes en la cara.*) Toma, Gervasio, toma por animal! Descrísmate, trabaja como un perro de dia y de noche; mira el pago que te dan... (*levantándose.*) Con que mis trages son raros? No que llevaremos esos adefesios que tú llevas, que parecen un globo aerostático! Que es ordinario mi lenguage! Piensa que no sé hablar bien cuando quiero? Puesto que va al baile, yo tambien iré; vamos á ponernos el vestio de gala; cuando me vea tan majo, puede que venga á buscarme; pero ni por esas.

ESCENA VII.

Barbara *y* Gervasio.

Bar. (*foro derecha.*) Calla! se ha marchado la señorita Rosa?
Ger. La señorita Rosa es una monigota, y tú tambien.
Bar. Yo?
Ger. No, tienes razon; tú eres una buena muchacha, incapaz de hacer una cosa semejante! Casi me dan ganas de abrazarte!
Bar. (*riendo*) Ay! qué gusto!
Ger. Pero me contengo, porque no eres mas que una criada! Si fueras mas bonita! (*yendo hácia el foro.*)
Bar. Vaya!
Ger. (*bajando.*) Es decir, fea no eres, pero... no eres bonita. (*vuelve á subir.*)
Bar. Vaya!
Ger. (*bajando.*) Entendámonos; eres bonita. Pero eres criada. (*vase por la segunda puerta derecha dejándola abierta.*)

ESCENA VIII.

Barbara, *y á poco* Rosa, *con una coja de carton con vestidos.*

Bar. Habráse visto? Y tener que servir á un hombre como este! En casa de la señora de Similane, de donde vengo ahora, es otra cosa! Y qué casa! Es una bendicion de Dios! Qué lujo! Nunca se trabaja! Todo el tiempo en Madrid. Y pensar que... pues á fé á fé, que no valgo menos que esa *monigota.*
Rosa. (*foro derecha.*) (Vamos; al fin y al cabo yo he sido la primera que le ha tratado mal.)
Bar. (En mentando al ruin de Roma...)
Rosa. (Unas cuantas palabras bastarán á reconciliarnos y quedaremos como buenos amigos.) Está Gervasio?
Bar. No señora; ha entrado por allí, hecho un perro rabioso.
Rosa. Ah!
Bar. Y vos teneis la culpa!
Rosa. Es verdad, debe estar resentido; le he tratado con un poco de dureza, pero era preciso que renunciára á sus pretensiones.
Ger. (*dentro.*) Bárbara!
Bar. Señor amo!
Ger. Tráeme un espejo.
Bar. Un espejo! No tenemos ninguno! Yo me miro en una cazuela de agua.
Rosa. De veras?
Ger. (*id.*) Y salvado para las manos.
Bar. Salvado!
Ger. (*id.*) Y pomada, mucha pomada.
Bar. Yo no sé qué dice. Le llevaré el candil de la cocina. Ah! ya sale!

ESCENA IX.

Dichos y Gervasio, *vestido ridiculamente, por la puerta segunda derecha.*

Ger. Ahora veremos si estoy elegante ó no.
Rosa. (Dios mio, qué figura!)
Ger. (*á Bárbara.*) Qué es esto! No se obedece lo que yo mando?
Bar. Estais horrorosamente guapo, señor amo!
Ger. Me parece, que bien podias decir caballero!
Rosa. A dónde vais, Gervasio?
Ger. Ola! sois vos, señorita! (*haciendo cortesias y movimientos ridículos.*)
Rosa. Venia... porque... hace poco... (*pudiendo apenas contener la risa*)
Ger. Y qué tal, vá bien?.. Me alegro! Yo sigo sin novedad; tengo el honor... sentaos si gustais; sin cumplimientos! (*la presenta una silla, y cuando Rosa la vá á tomar, se sienta él en ella.*)
Rosa. (Magnífico!)
Bar. Dónde habeis comprado esas albardas? Yo nunca las he visto...

GER. Calla, bestia; no se llaman albardas, eso lo dicen únicamente los gansos como tú!

ROSA. (Qué figura!) Señor Gervasio, os agradezco el sacrificio que haceis por agradarme, pero...

GER. (*paseando.*) Yo? No por cierto, señorita, no ha sido por vos, ciertamente. Si antes me habeis visto mal vestido, era porque estaba en traje de casa, pero á estas horas, siempre me pongo, y voy á dar un paseo por las heras.

ROSA. (Es una verdadera caricatura!)

GER. Bárbara, arréglame el lazo de la corbata! Qué maneras tienes tan groseras! Pero es natural, cuando uno no tiene costumbre...

BAR. De qué, señor amo?

GER. De nada! Pero mírate, muger, mírate... esos pies tan grandes, esas manos tan negras, en fin, siempre parecerás una lugareña!

BAR. Miste con lo que sale ahora! Como si fuese algun señorito de Madrid!

GER. Calla, necia! Te prohibo usar franquezas con tu amo! A fragar! Urrio!

BAR. (Ya me va cargando!)

GER. (*sentándose á la derecha.*) Arréglame la corbata!

BAR. Si no se puede! Está tan apretá! Os vais á ahogar! Estais tan negro como un grajo!

GER. Eso es mas elegante! Ya está. (*se levanta, y pasa por delante de Rosa.*) Es una corbata que me ha costado en el Rastro de Madrid cuarenta cuartos.

ROSA. Ya se conoce!

GER. Y he comprado otras cuatro por nueve reales! Pues señor, voy á dar una vuelta por el café! A divertirme, á loquear un poco! Besoos las manos, señora Rosa. No os molesteis por mí!

ROSA. Pero Gervasio...

GER. Muchas cosas en Madrid! Yo iré por allá uno de estos dias, á ver si encuentro alguna muger que tenga corazon...

ROSA. Que tenga corazon!

GER. Quiero divertirme, divertirme mucho... esto es de buen tono! (*vase por el fondo, abriendo su paraguas.*)

ESCENA X.

BARBARA *y* ROSA.

BAR. Se balancea como un álamo blanco! Calla! Y los chicos del pueblo le tiran de los faldones, y se burlan de él! Qué cosa mas rara es un patan, metió á señor! No es verdad, señorita?

ROSA. Lo mismo que una lugareña, cuando pretende hacerse señora.

BAR. (*riéndose.*) No me atrevia á decir tanto; qué hombre! En mi vida he visto otro mas tonto!

ROSA. Gervasio!

BAR. Si señora! Es un ganso en fegura natural, como nosotras. El invierno pasado hubo una avenida de agua; todo el pueblo quedó sumergido; pues bien; querreis creer que tubo valor de pasar un dia y una noche metido en el agua, hasta la cintura, salvando gente, á riesgo de ahogarse? Como si á él le importára alguna cosa! Esto es una gansada, no es cierto?

ROSA. Eso prueba buen corazon!

BAR. Y cogió una tos, que le duró lo menos tres semanas! No sabeis cómo se le ha curado?

ROSA. No.

BAR. En el incendio de la casa del tio Polainas, se arrojó en medio del fuego, para salvar dos niños que estaban en una cuna, y despues los muebles, el ganado, y no sé cuántas cosas mas; allí sudó tanto, que se puso completamente bueno Y todo por meterse en camisa de once varas! Es preciso ser muy bestia para dejarse quemar por otros.

ROSA. (*levantándose.*) Eso decis?

BAR. Ya lo creo! Y si al cabo el tio Polainas fuese su amigo... pero cá, si nunca le ha hecho mas que daño!

ROSA. Quiere decir, que Gervasio se lo pagó con hacerle bien? Ahora será su amigo.

BAR. Verdad es; al menos eso se encuentra. Pero si es capaz de dejarse matar por socorrer á otros! Mirad que es manía! Hablando de vos, por ejemplo, le decia yo muchas veces, durante la inundacion: «Cuidado, señor amo, que vais á coger una pulmonía! No importa, me gritaba; el dia que venga Rosa, la daré un abrazo, y se me curará. Anda! fíate en abrazos! Ya veis si es tonto!

ROSA. Pobre Gervasio, qué buen corazon!

BAR. Os compadeceis de él? Pues yo no! Cuando uno es tan necio, no merece compasion!

ROSA. Callad!

BAR. Lo dicho! Siempre está ensartando unas necedades! Si yo pudiese ir á Madrid para hacer fortuna, no habia de estarle sufriendo...

ROSA. Y yo quisiera abandonarle; estoy cansada de servir. Durante mi estancia en Madrid, me he burlado de Gervasio, en lo cual no he sido menos ridícula que él; pero me pesa haberle olvidado, y quiero volver al redil, como vulgarmente se dice.

BAR. Abandonais á vuestra ama?

ROSA. Estoy decidida.

BAR. Ay! señorita! Si quisierais hacerme el favor...

ROSA. De recomendaros á ella? Con mucho gusto. Quereis que os dé una carta?

BAR. Escrita?

ROSA. Nada mas fácil. (*se pone á escribir.*)

BAR. Voy á ser doncella? Pero querrá admitir á una lugareña?

ROSA. (*escribiendo.*) Yo tambien lo era cuando entré en su casa.

BAR. Ay! qué gusto! (*gritando desde el foro.*) Buenas noches, Benito; buenas noches, Pedro! Dormid bien, y yo tambien. (*bajando.*) Haced las letras mas gordas, para que se lean mejor. Pero ahora que me acuerdo, no puedo presentarme con este vestido; si fuerais tan buena que quisierais prestarme uno?

ROSA. (*que ha cerrado la carta.*) Uno mio? Con mucho gusto. Tomad ese si quereis? (*señalando á una caja de carton.*)

BAR. Pero es que...

ROSA. Y vos en cambio, prestadme uno de los vuestros.

BAR. Voy á buscar el mas bonito... el de percal, que tiene árboles y flores; ya vereis, ya vereis! (*éntrase por la puerta segunda de la derecha.*)

ROSA. Me siento tan feliz al pensar voy á despojarme de estos vestidos, que me han hecho tan orgullosa! Se me figura que el corazon respira con mas libertad!

BAR. (*volviendo con un vestido de peral doblado.*) Aquí teneis mis mejores galas; el vestido de los dias de fiesta.

ROSA. Magnífico!

BAR. Sí, es muy bonito, pero no hace ruido como el vuestro de seda! Aquel sí que vale! Voy á ponermele, y en segunda cojo la carta y... qué contenta estoy! (*se va por la puerta segunda izquierda.*)

ESCENA XI.

ROSA *sola; se pone el vestido sobre los que trae, que será una bata, un delantal y un pañuelo de percal como los que usan en los lugares. Durante esta escena ha ido anochecciendo gradualmente, de modo que esté oscuro á la salida de Gervasio.*

ROSA. Pobre muchacha! Se vá á volver loca con su trage! No lo he sido yo menos; pero ya estoy arrepentida! No mas Madrid! No mas esclavitud! Aqui viviré en mi pequeña casa, feliz y tranquila. Pobre Gervasio! He sido con él harto cruel; mas le pediré perdon, y seré su buena amiga; le cuidaré, miraré por su casa, llevaré sus cuentas... (*yendo á la mesa.*) Jesus qué desordenado está esto! Todo fuera de su sitio; cuánto polvo! (*limpiando la mesa con un paño.*) Todo lleno de arañas... (*limpiándolas.*)

BAR. (*saliendo con el vestido sin abrochar.*) Quereis abrocharme estos corchetes?

ROSA. Con mucho gusto. (*lo hace.*)

BAR. Ay! que me ahogo!

ROSA. Aguantad la respiracion.

BAR. Y si me muero?

ROSA. No tengais cuidado.

BAR. Malditas invenciones! Cuánto cuesta el ser señora! Hasta despues! (*vase.*)

ESCENA XII.

ROSA, *y á poco* GERVASIO, *con los vestidos en desórden.*

ROSA. Gracias á Dios! Ahora respiro mas libremente, y parece que me han quitado diez años de encima. Qué ruido! Qué voces son esas? (*silvidos y gritos dentro.*)

GER. (*foro derecha.*) Brutos! Palurdos! Todos sois unos canallas! Lugareños al fin! (*se queda apoyado en la puerta y siguen dentro las risas y los silvidos.*)

ROSA. (Es Gervasio... Y en qué estado, Dios mio!)

GER. Y os estrangularia á todos, si no hubiese bebido un poco! (*baja á la escena, dando traspies.*)

ROSA. (Se ha peleado con ellos!) (*se sienta en una silla que Rosa ha puesto á la derecha de la mesa.*)

GER. Quién anda ahí? Eres tú, Bárbara?

ROSA. (Cree que soy...)

GER. (*levantándose.*) Acércate!

ROSA. (No puedo dejarle en ese estado.) Qué teneis, señor Gervasio? (*fingiendo la voz.*)

GER. Me han dado de trompazos esos bribones!

ROSA. Es posible?

GER. Y han hecho bien! Eso me enseñará á no meterme... Tengo una pena!

ROSA. Y de qué?

GER. De lo que no te importa. Calla; y traeme la chaqueta.

ROSA. La chaqueta! (*la busca á tientas por todas partes.*)

GER. No lo oyes?

ROSA. Aqui está. (*tomándola de encima de una silla.*)

GER. Quitame estos aparejos... y guárdalos; guárdalos, te digo!

ROSA. (*colocándolos donde estaba la otra ropa.*) Ya están.

GER. Bien; quiero que todo el mundo ande derecho! Dame una silla!

ROSA. Vedla aqui. (*tomando la que está junto á la mesa.*)

GER. (*sentándose.*) La has limpiado?

ROSA. Hace poco estube...

GER. Poca conversacion! Dame mi pipa.

ROSA. Vuestra pipa?

GER. Y llena de tabaco, pronto! (*Rosa toma la pipa y la llena de tabaco.*) Antes sopla por arriba... Bien... ahora llénala...

ROSA. Ya está.

GER. Enciéndela! (Quiero que todo el mundo ande derecho!)

ROSA. (*enciende la pipa en la chimenea, con un papel que hay allí.*) Ya está.

GER. (*tomando la pipa.*) Qué tienes?

ROSA. Nada!

GER. Nunca me has servido tan bien; has roto alguna cosa?... Por qué suspiras?

ROSA. Os veo tan triste...

GER. Y á ti, qué te importa.

ROSA. (*suplicando.*) Señor Gervasio!...

GER. Tienes razon, no tengo motivo para maltratarte... pero tengo aqui... (*señalando al pecho.*)

ROSA. (*colocándose á su derecha.*) Sufris?

GER. La amaba tanto, y ella me ha tratado tan mal!

ROSA. Perdonadla!

GER. Ni un abrazo siquiera! Cuando durante tres años he estado trabajando sin descanso, para... Ah! la quiero como un loco! Y hubiéramos sido tan felices... Cuando se fue á Madrid, me juró que á su vuelta nos casariamos... y despues, buenas noches! Ah! Dios mio, Dios mio! (*llora, apoyando los codos sobre la mesa.*)

ROSA. (Cuánto me ama!) (*llorando tambien.*) Vamos, señor Gervasio...

GER. A qué vienen esos gimoteos? Te importa acaso?...

ROSA. No; pero si pudierais olvidar...

GER. Olvidar... olvidar!.. eso se dice muy bien... Pero tienes razon! No vuelvo á pensar en ella! Quiero reirme y estar contento, muy contento! (*llorando.*) Tomarse tanta pena por una ingrata! Tanto peor para ella! Todo lo que tengo me lo comeré, me lo beberé yo solo. Ven á beber conmigo.

ROSA. Yo?

GER. (*acercándose á ella.*) Hoy me gustas mas que nunca; tù no me dirás que estoy mal vestido, que soy un patan...

ROSA. No lo soy yo tambien?

GER. No me dirás que tengo los pies grandes, las manos toscas; tu las tienes tambien!... (*tomándola la mano.*) Calla! pues no lo son tanto como yo pensaba!... Oye, Bárbara!

ROSA. Señor?

GER. Quieres que te dé un abrazo?...

ROSA. Si eso puede consolaros...

GER. Se me figura que sí! (*abrazándola.*) Qué talle tan delicado tienes!

ROSA. De veras?

GER. Me permites que te abrace otra vez?

ROSA. (*pasando á la izquierda.*) Ya basta!

GER. No, no basta; te estaria abrazando durante siete años, sin comer ni beber!

ROSA. Si, mas ya comprendeis...

GER. Voto vá! No sé lo que me pasa! Escucha, Bárbara; quieres casarte conmigo?

ROSA. Con una criada?

GER. Y eso, qué importa? Tú me ayudarás á olvidar esa ingrata... Y ahora, cómo prenda de cariño, dame un abrazo!... (*corriendo tras ella.*)

ROSA. (Mejor será marcharme, porque sino esto se vá poniendo serio.) (*se oculta en el cuarto de la izquierda.*)

GER. Dónde te has metido, muchacha? Bárbara! Barbara! (*gritando.*)

ESCENA XIII.

GERVASIO *y* BARBARA *con una linterna encendida, que coloca en una silla, al lado de la chimenea.*

BAR. Quién me llama?
GER. (*sin mirar á Bárbara.*) Por qué has encendido luz? Ven aqui.
BAR. Qué quereis?
GER. (*viéndola con el traje de Rosa.*) Qué vestido es ese?
BAR. Un vestido que me han traido de Madrid.
GER. Me alegro! Con eso servirá... No quieres que te abrace otra vez?
BAR. Otra vez?...
GER. Pues no te he abrazado hace poco?
BAR. A mi! Sin duda ha bebio usted en la taberna!
GER. Desvergonzada! Si cojo una vara, yo te diré..... Conque no te he abrazado enantes?
BAR. Es mentira!
GER. Mentira! Vuélvelo á decir, y...
BAR. Ya se vé que lo diré; sois un embustero... un hablador... un atrevido...
GER. Bárbara! mira que los palos no se han hecho tan solo para sacudir las aceitunas! (*se dirige al fondo á coger una vara, y Bárbara se vá por la derecha.*)

ESCENA ULTIMA.

ROSA, *por la izquierda*; GERVASIO, *y luego* BARBARA.

ROSA. Qué voces son estas? (*sale con el vestido de Bárbara.*)
GER. Ah! sois vos, señorita?
ROSA. Señorita? Por qué no me tuteas?
GER. Yo?
ROSA. No me has tuteado antes?
GER. Cuándo?
ROSA. Hace un momento.
GER. Dónde?
ROSA. Aqui, cuando venias...
GER. Calamocano! Entonces, la que aqui estaba tan amable, era...
ROSA. Era yo.
GER. Tú! Canario! Qué bruto soy! Si estaré durmiendo todavia! Bárbara! (*gritando.*) muérdeme! (*sale Bárbara.*) No no; (*mirando á las dos.*) Tunto de mi! Ya lo comprendo todo! Habiais cambiado de vestido con ese gaznápiro de Bárbara?
BAR. Cómo se entiende?
GER. (*riéndose.*) Ja! ja! ja! Parece un monosabio! Me amas todavia, querida Rosa?
ROSA. Siempre.
GER. Pero esta mañana...
ROSA. Es un recuerdo, que quisiera olvidar.
GER. Y yo, que creyéndote Bárbara, queria casarme con ella!
BAR. No faltaba mas! Hay mucha distancia entre los dos! Mañana me voy á Madrid, de primera ayudanta de la cocinera con la Señora Similane!
GER. (*tomando la mano de Rosa.*) Y yo á casa del cura, para que se corran las amonestaciones; al momento nos casamos, y dentro de un año... (*Rosa poniéndole la mano en la boca.*)
ROSA. Calla, tonto!
GER. Mas si me tapas la boca
entonces hablar no puedo,
y sin decir no me quedo
que al fin...
ROSA. Eso á mi me toca;
á deciros me proboca
que es costumbre inveterada
demandar... estoy turbada...
vamos, no sigo adelante;
buscad pues el consonante,
dándonos una.....

FIN.

MADRID, 1858.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.